Misericordia, libertad y esperanza en el cristianismo

En el cristianismo se encuentra la respuesta ansiosamente buscada sobre cuál habrá de ser el último destino de nuestra mortal existencia humana. Sin embargo, desentrañar los misterios de Dios encerrados en el Verbo Encarnado no es cosa fácil.

Después de muchos siglos de historia, hemos ido dando forma a un determinado cristianismo, condicionado por las influencias culturales, ajustado a los signos de los tiempos, sin poder sustraernos a los prejuicios y a las limitaciones propias de nuestra condición humana. Diríase que la forma de ver y de vivir nuestro cristianismo se parece al fruto que va madurando lentamente con el tiempo.

Vivir la fe en Dios desde la historia humana

Ya desde los primeros siglos aparecen modelos diferenciados que responden a distintas sensibilidades a la hora de entender el cristianismo. Ejemplo claro de esto lo tenemos entre la Iglesia de Occidente y la Iglesia de Oriente, entre Roma y Alejandría, sobre todo en la interpretación del misterio salvífico universal.

Las conversiones masivas procedentes del paganismo romano, con sus correspondientes convencionalismos y tabúes, dejaron su huella en el naciente cristianismo. Se trataba de comunidades que habían sido educadas en el respeto a la ley inspirada en el *ius romanum* y, aunque se contaba con la gracia divina, la justicia seguía siendo el eje central del ordenamiento de vida.

A partir del Edicto de Milán, la Iglesia quedó integrada en la estructura estatal, y la figura del emperador —especialmente Constantino— ejerció una notable influencia en la política religiosa, incluso en disputas doctrinales. Nada de extraño, pues, que muchos conversos continuaran con sus esquemas mentales y vieran a Jesucristo como juez de vivos y muertos, quien al final de los tiempos premiaría a los buenos y castigaría a los malos.

La visión de Oriente: misericordia y restauración

Muy distinta fue la interpretación de la Iglesia de Alejandría, con figuras relevantes como Orígenes, Gregorio de Nisa, Clemente de Alejandría, Isaac de Nínive, Evagrio Póntico y Máximo el Confesor.

Estos pensadores, profundos conocedores del espíritu evangélico, creyeron encontrar en las Escrituras —especialmente en el Evangelio de Lucas— razones para resaltar la misericordia y el perdón por encima de un justicialismo implacable.

Fueron hombres convencidos de la victoria final del bien sobre el mal, del abrazo definitivo de Dios a toda la familia humana. No negaban la existencia del infierno, pero lo entendían como una realidad medicinal y purificadora. De este modo, sostenían que al final de los tiempos todos podrían ser purificados por la gracia y participar en la resurrección gloriosa.

Inspirados en la esperanza paulina de que “Dios será todo en todos” (1 Cor 15,28), desarrollaron una corriente mística significativa en Oriente. Sin embargo, la controversia se resolvió a favor de la Iglesia de Roma, cuya postura terminó imponiéndose por razones culturales, políticas y teológicas.

Cuando el temor marcó la vida cristiana

Esto significó que durante muchos siglos el cristianismo estuviera marcado más por la ley del temor que por la ley del amor. Dios fue visto con frecuencia más como juez que como Padre misericordioso.

Con humildad, cabe preguntarse si en ciertos momentos el miedo no fue instrumentalizado para garantizar la obediencia y reforzar la autoridad eclesial. No se trata del santo temor de Dios, sino de un temor servil nacido de una imagen de Dios iracundo.

Durante largo tiempo, la predicación insistió en la condenación eterna, el juicio final y el castigo. Se desarrollaron imágenes muy duras del infierno, se difundió la idea del “limbo de los niños”, y se produjeron excesos como la venta de indulgencias o prácticas inquisitoriales excesivamente rígidas.

Todo ello contribuyó, en ocasiones, a ofrecer una imagen del cristianismo más cercana al miedo que a la Buena Nueva.

Testigos de la confianza en Dios

Afortunadamente, también hubo grandes testigos que mostraron el rostro misericordioso de Dios. Místicos como Juliana de Norwich, Francisco de Sales, Faustina Kowalska y Teresa del Niño Jesús insistieron en la confianza absoluta en la gracia.

Ellos enseñaron que ningún pecado es más grande que la misericordia divina y que la salvación es, ante todo, un don gratuito. Como afirma san Pablo: “Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia” (Rom 5,20).

Perspectivas contemporáneas y debate teológico

En tiempos recientes, el teólogo Hans Urs von Balthasar planteó la pregunta:
¿podemos esperar que todos los hombres se salven?

No afirmó una respuesta definitiva, pero abrió la puerta a una esperanza teológica basada en la infinita misericordia de Dios.

En esta línea, Andrés Torres Queiruga ha defendido que el amor de Dios no puede entenderse como compatible con una condena eterna. Sus planteamientos han sido objeto de debate y correcciones por parte del Magisterio, señalando que algunas de sus interpretaciones no se ajustan plenamente a la tradición de la Iglesia.

Sin embargo, su reflexión ha contribuido a replantear la comprensión del infierno y de la salvación, subrayando que Dios es amor incondicional.

El Concilio Vaticano II y el cambio de enfoque

A partir del Concilio Vaticano II, la Iglesia ha experimentado un cambio significativo en su lenguaje y enfoque pastoral.

Se ha ido dejando atrás una visión excesivamente jurídica para recuperar una perspectiva más centrada en la misericordia. El limbo desapareció del catecismo, y el infierno se entiende más como un estado que como un lugar físico.

Como señaló san Juan Pablo II, el infierno representa la situación de quien se aleja libre y definitivamente de Dios, pero no sabemos quién se encuentra en esa ??????????.

Misericordia, libertad y misterio

Nos encontramos así ante un gran misterio:
Dios quiere que todos se salven, pero el ser humano es libre.

San Agustín lo expresó con claridad: “Dios que te creó sin ti, no te salvará sin ti”.

Pero surge una pregunta profunda:
¿Puede la omnipotencia divina encontrar caminos para salvar sin anular la libertad humana?

Sabemos que no hay pecado que no pueda ser redimido por la sangre de Cristo. Sabemos también que Jesús pidió perdón incluso para quienes lo crucificaban: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”.

En Dios, justicia y misericordia no se oponen, sino que son una misma realidad.

Una fe vivida desde la esperanza

¿Confiar en la gracia llevaría a la pasividad? Todo lo contrario. Cuanto más se vive desde la gracia, mayor es el compromiso.

La historia lo demuestra: figuras como Orígenes o Teresa del Niño Jesús vivieron una fe profundamente activa, nacida de la confianza absoluta en Dios.

Por eso, el cristianismo no está llamado a vivirse desde el miedo paralizante, sino desde la esperanza.

Porque no es lo mismo vivir bajo la amenaza de la condenación que vivir impulsado por la certeza del amor de Dios.

Y aunque el misterio permanezca abierto, una cosa sí es segura:
la salvación pertenece a Dios, y en Él podemos confiar plenamente.